

Si no me engaño, la razón de paridad es la misma en un reino que en un pueblo; y si desde un pueblo desciende la comparación á un particular, se han de observar los mismos efectos procedentes de las mismas causas. Hagamos una hipótesis con dos muchachos bajo nuestra absoluta dirección, que se llamen uno *Pobre* y el otro *Rico*; que á éste lo eduquemos en medio de la abundancia y á aquél en medio de la necesidad. Es claro que el Rico, como que nada necesita, á nada se dedica y nada sabe; por el contrario, el Pobre, como que no tiene ningunos auxilios que lo lisonjeen, y por otro lado la necesidad lo estrecha á buscar arbitrios que le hagan menos pesada la vida, procura aplicarse á solicitarlos, y lo consigue al fin á costa del sudor de su rostro. En tal estado, supongamos que al muchacho Rico acaece alguna desgracia de aquellas que quitan este sobrenombre al que tiene dinero, y se ve reducido á la última indigencia. En este caso, que no es raro, sucede una cosa particular que parece paradoja: el Rico queda pobre y el Pobre queda rico; pues el muchacho que fué rico es más pobre que el muchacho Pobre, y el muchacho que nació pobre es más rico que el que lo fué, como que su subsistencia no la mendiga de una fortuna accidental, sino del trabajo de sus manos.

Esta misma comparación hago entre un reino que se atiende á sus minas y otro que subsiste por la indus-

tria, agricultura y comercio. Éste siempre florecerá y aquél caminará á su ruina por la posta.

No sólo el reino de las Indias, la España misma es una prueba cierta de esta verdad. Muchos políticos atribuyen la decadencia de su industria, agricultura, carácter,¹ población y comercio, no á otra causa que á las riquezas que presentaron sus colonias. Y si esto es así, como lo creo, yo aseguro que las Américas serían felices el día que en sus minerales no se hallara ni una sola vena de plata ú oro. Entonces sus habitantes recurrirían á la agricultura, y no se verían como hoy tantos centenares de leguas de tierras baldías, que son, por otra parte, feracísimas; la dichosa pobreza alejaría de nuestras costas las embarcaciones extranjeras que vienen en pos del oro á vendernos lo mismo que tenemos en casa; y sus naturales, precisados por la necesidad, fomentaríamos la industria en cuantos ramos la divide el lujo ó la comodidad de la vida; esto sería bastante para que se aumentaran los labradores y artesanos, de cuyo aumento resultarían infinitos matrimonios que no contraen los que ahora son inútiles y vagos; la multitud de enlaces produciría naturalmente una numerosa población que, extendiéndose por lo vasto de este fértil continente, daría hombres apreciables en todas las clases del Estado; los

¹ Entiéndese aquel antiguo vigor y desprecio del lujo que no conocieron los godos, visigodos, etc.

preciosos efectos que cuasi privativamente ofrece la naturaleza á las Américas en abundancia, tales como la grana, algodón, azúcar, cacao, etc., etc., serían otros tantos renglones riquísimos que convidarían á las naciones á entablar con ellas un ventajoso y activo comercio, y finalmente, un sin número de circunstancias que precisamente debían enlazarse entre sí, y cuya descripción omito por no hacer más prolija mi digresión, harían al reino y su metrópoli más ricos, más felices y respetados de sus émulos que lo han sido desde la época de los Corteses y Pizarros.

No creas que me he desviado mucho del asunto principal á donde dirijo mi conversación. Esto que te he dicho es para que adviertas que la abundancia de oro y plata está tan lejos de hacer la verdadera felicidad de los mortales, que antes ella misma puede ser causa de su ruina moral, así como lo es de la decadencia política de los Estados, y por tanto no debemos ni hacer mal uso del dinero, ni solicitarlo con tal afán, ni conservarlo con tal anhelo, que su pérdida nos cause una angustia irreparable, que tal vez nos conduzca á nuestra última ruina, como le sucedió al necio don Anselmo.

Este desgraciado creyó que toda su felicidad pendía de la posesión de unos cuantos tepalcates brillantes; perdiólos en su concepto, la negra tristeza se apoderó de su avaro corazón, y no pudiendo resistirla, se precipitó al

mar en el exceso de su desesperación, perdiendo de una vez el honor, la vida, y plegue á Dios no haya perdido el alma.

Este funesto suceso lo presenciaste; jamás te acordarás de él sin advertir que el oro no hace nuestra felicidad, que es un gran mal la avaricia y que debemos huirla con el empeño posible.

No pienses por esto que te predico el desprecio de las riquezas con aquel arte que muchos filósofos del paganismo, que hablaban mal de ellas por vengarse de la fortuna que se les había manifestado escasa. Ni menos te recomendaré ensalzando sobre las nubes la pobreza, cuando yo gracias á Dios no la padezco. No soy un hipócrita; quédese para Séneca decir en el seno de la abundancia: *que es pobre el que cree que lo es; que la naturaleza se contenta con pan y agua, y para lograr esto nadie es pobre; que no es ningún mal sino para el que la rehusa*, y otras cosas á este modo que no le entraban, como dicen, de dientes á dentro; pues en la realidad, al tiempo que escribía esto, disfrutaba la gracia de Nerón, era querido de su mujer, poseía grandes rentas, habitaba en palacios magníficos y se recreaba en deliciosos jardines.

¡Qué cosa tan dulce, dice un autor, es moralizar y predicar virtud en medio de estos encantos! Pretender que el hombre mortal, viador y rodeado de pasiones sea

enteramente perfecto es una quimera. La virtud es más fácil de ensalzarse que de practicarse, y los autores pintan al hombre, no como es, sino como debe ser; por eso tratamos en el mundo pocos originales cuyos retratos manejamos en los libros. El mismo Séneca, penetrado de esta verdad, llega á decir: *que era imposible hallar entre los hombres una virtud tan cabal como la que él proponía, y que el mejor de los hombres era el que tenía menos defectos. Pro optimo est minimè malus.* Así es que yo ni exijo de tí un desprecio total de los bienes de fortuna, ni menos te exhorto á que abrasces una pobreza holgazana.¹ Si un brillante estado de opulencia pone al hombre en el riesgo de ser un inicuo por la facilidad que tiene de satisfacer sus pasiones, el miserable estado de la pobreza puede reducirlo á cometer los crímenes más viles.

Estoy muy lejos de decirte que la pobreza hace sabios y virtuosos, como decía Horacio á Floro. Menos te diré que el más pobre es más feliz, como que vive más libre é independiente, como he oído decir á muchos que envidian la suerte del pobre cargador. Me acuerdo de la graciosa definición que da Juvenal en la Sátira III, de la decantada libertad del pobre, y no la envidia. Dice este

¹ Con esta expresión dió á entender el coronel que no hablaba de pobreza evangélica, la que siempre es recomendable; pero no es para todos, pues no todos tenemos aquella disposición de espíritu que requiere.

genio festivo que su libertad consiste en pedir perdón al que lo ha injuriado y en besar la mano que lo golpea para poder escapar con algunos dientes en la boca. ¡Grandes privilegios tiene la libertad de esta clase de pobres! A lo que se puede agregar su ninguna vergüenza y una resignación de mármol para sufrir las incomodidades de la vida; pero de esta pobreza debes huir.

Yo lo que te aconsejo es que no hagas consistir tu felicidad en las riquezas; que no las desees ni las solicites con ansia; y tenidas, que no las adores ni te hagas esclavo de ellas; pero también te aconsejo que trabajes para subsistir, y últimamente, que apetezcas y vivas contento con la medianía, que es el estado más oportuno para pasar la vida tranquilamente.

Este consejo es sabio y dictado por el mismo Dios en el cap. 80, v. 9, de los Proverbios, en boca de aquel prudente que decía: — *Señor, no me deis ni pobreza ni riquezas; concededme solamente lo necesario para pasar la vida, no sea que en teniendo mucho me ensoberbezca y os abandone diciendo: ¿quién es el Señor? ó que viéndome afligido por la pobreza me desespere y hurte ó vulnere el nombre de mi Dios perjurando...*

Aquí llegaba el coronel, cuando interrumpió su conversación el palmoteo y vocería de los grumetes y gente del mar que gritaban alborozados sobre la cubierta: — *¡Tierra, tierra!*

Al eco lisonjero de estas voces, todos abandonaron lo que hacían, y subieron unos con anteojos y otros sin ellos para certificarse por su vista ó por la ajena, de si era realidad lo que habían anunciado los gritos de los muchachos.

Cuanto más avanzaba el navío sobre la costa más se aseguraban todos de la realidad, lo que fué motivo para que el comandante mandara dar aquel día á la tripulación un buen refresco y ración doble, que recibieron con mayor gusto cuando el piloto, que ya estaba restablecido, aseguró que con la ayuda de Dios y el viento favorable que nos hacía, al día siguiente desembarcaríamos en Cavite.

Aquella noche y el resto del día prefijado se pasó en cantos, juegos y conversaciones agradables, y como á las cinco de la tarde dimos fondo en el deseado puerto.

La plana mayor comenzó á desembarcar en la misma hora, y yo logré esta anticipación con mi jefe. Al día siguiente se verificó el desembarque general, y concluído, trataron todos de pasar á Manila, que era el lugar de su residencia, siendo de los primeros nosotros, como que el coronel no tenía conexiones de comercio que lo detuvieran.

Llegamos á la ciudad, entregó mi coronel la gente forzada al gobernador, puso los caudales del egoísta en

manos de su familia, ocultándole con prudencia el triste modo de su muerte, y nos fuímos para su casa, en la que le serví y acompañé ocho años, que eran los de mi condena, y en este tiempo me hice de un razonable capital por sus respetos.

